



Adele
PARKS
NOVIAS
de
REPUESTO



algaida
INTER

Título original: *Spare Brides*

Primera edición: 2015

© Adele Parks, 2014

© de la traducción: Ana Hidalgo Jiménez, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9067-199-3

Depósito legal: SE. 102-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

INVIERNO	11
PRIMAVERA	243
VERANO.	315
OTOÑO	483
BIBLIOGRAFÍA	539
AGRADECIMIENTOS	541
<i>NOVIAS DE REPUESTO. MATERIAL ADICIONAL. . . .</i>	<i>543</i>

Para Alex Mahon

INVIERNO

1

LADY CHATFIELD, ESPOSA DE LORD CHATFIELD, NUERA del conde de Clarendale, hija de Sir Harold Hemingford, Lydia para las amigas, dejó que el vestido de seda le cayese hasta los pies. Disfrutó del tacto de la tela al caer deslizándose por su cuerpo, como un soplo de aire. Ya desnuda, de pie en su vestidor, se preguntó, como a menudo hacía a las seis y media de la tarde, qué le habría escogido su doncella, Dickenson, para que llevase puesto aquella noche. Intentó adivinarlo siguiendo un proceso de eliminación, puesto que en ese momento su doncella estaría custodiando su vestido. Podría estar limpiándole una mancha, podría estar planchando un lazo para que se mantuviese firme como una valla o podría estar sometiendo un dobladillo a una o dos puntadas de última hora para que quedase expuesta la cantidad adecuada de pantorrilla. Dickenson era meticulosa; la expresión que más usaba era: «Solo para estar seguras». Trataba las prendas de Lydia como si fuesen recién nacidos: con mimo y devoción.

Lydia inspiró el polvo y el silencio de la vieja casa, descansando después del ajetreo del té, indultada, ya que no iba a haber ninguna cena formal allí esa noche, y escudriñó las per-

chas acolchadas con seda. Observó su vestido de organdí y seda color mandarina, el que tenía adornos de cristal con forma de lágrimas, y también el de seda de tafetán muaré verde azulado que le gustaba llevar con un alegre fajín; además, contó con detenimiento numerosos vestidos de gasa: azafranado, esmeralda, azul cobalto y esmeraldino, todos adornados con tul u organza y delicados adornos de perlas. No sería ninguno de aquellos coloridos vestidos. Examinó los de color blanco y crema. ¿Cuál faltaba?

En realidad, todo aquello le resultaba un poco frustrante. Si hubiese tenido la energía suficiente, puede que se hubiese molestado por todo aquel desastre, pero ya rara vez se permitía a sí misma sentirse verdaderamente irritada; le parecía de muy mal gusto hacerlo. Teniendo todo en cuenta, tenía poco de lo que quejarse. Sin embargo, estaba esperando un nuevo vestido de la firma Callot Soeurs. Había encargado una joya de seda color ostra con montones de abalorios de *strass* esparcidos desde el escote por encima del pecho y la parte trasera de los hombros. Le costó visualizar con claridad el efecto que provocaría su entrada en el baile de fin de año de la duquesa de Pembroke. El vestido tenía unos bonitos ribetes de piel de zorro alrededor del dobladillo y los puños y había planeado llevarlo con sus zapatos de terciopelo morado, los de elegantes tacones y abalorios de cristal. Morado con color perla y piel era el tipo de combinación que sin duda saldría en los periódicos. El vestido debería haber llegado antes de Navidad. No había sido así. Era complicado presentar una queja; en realidad nadie esperaba que volviese a haber un servicio verdaderamente decente, no desde la guerra. Y los franceses... Bueno, los franceses en especial eran tremendamente informales, dictaban sus propias leyes. Es por eso que a los ingleses, doblegados por normas y colas, les parecían tan fascinantes e irresistibles.

Lydia suspiró. Su respiración y su estado de ánimo nublaban el aire frío. ¿Dónde estaba la criada? Debería haber atizado la lumbre del dormitorio; cualquier muchacha podía morir congelada en su vestidor por culpa de un servicio lento. Lydia reprimió su irritación. Estaba mal encauzada y era injusta. Aun así, era duro que no tuviese nada nuevo para esa noche; estaba segura de que todas las mujeres del imperio británico tendrían una idea clara de qué llevar puesto para observar cómo se desvanecería 1920, para suspirar dando la bienvenida con alivio a 1921. Un año más. Un paso más. Haciendo que todo aquel funesto asunto quedase más en el pasado, menos en el presente.

Deseaba que Dickenson también se diese prisa. Los escalofríos que hacían erupción por todo su cuerpo no tenían buena pinta. Se frotó los brazos enérgicamente con las manos arriba y abajo. ¿Debería ponerse ella misma las bragas y el sostén? A ella no le importaba hacerlo; en realidad prefería vestirse ella misma, pero Dickenson armaba un escándalo siempre que Lydia tomaba la iniciativa, refunfuñando: «¿Acaso Lady Chatfield está intentando quitarme el trabajo?». Realmente absurdo, ya que ambas sabían que las responsabilidades de Dickenson iban mucho más allá de aquellas tradicionalmente asociadas a una doncella y que, en realidad, estaba saturada, a menudo exhausta. Cuando Lydia se estaba preguntando si debería volver a echar mano de su bata de seda, Dickenson irrumpió en la habitación.

—Si se queda así, va a coger un catarro de muerte —gritó.

Entonces, casi como una idea de último momento:

—Discúlpeme, llego tarde, señora.

—Está bien.

Los ojos de Lydia no repararon en Dickenson ni siquiera un instante. No necesitaba hacerlo. Sabía cómo era su doncella. Era menuda, meticulosa y a Lydia le recordaba a un pájaro

porque cuando se movía, lo hacía como un rayo. Siempre llevaba puesto un vestido negro con un cuello blanco liso, lo adecuado y establecido. De octubre a marzo, llevaba un lúgubre chal de punto que habría sido más adecuado para una mujer treinta años mayor. Se lo estrechaba alrededor de los hombros y lo sujetaba con broche de ámbar que, si Lydia no recordaba mal, su tía había elegido para ella. Tenía los ojos tan oscuros que era imposible distinguir las pupilas; se rumoreaba que tenía sangre continental, pero nunca nadie lo había demostrado. Su nariz era alargada y estrecha y su boca expresaba ligeramente melancolía, incluso desconsuelo. Casi nunca reía. Parecía vieja, pero no lo era.

La mirada de Lydia permaneció centrada en su propio reflejo, que cualquiera tendría que admitir que era por completo más agradable, más moderno. Tardó un momento en adaptarse; todavía se estaba acostumbrando a la media melena. Al igual que todas las mujeres modernas, ella quería llevar el pelo cortado a la altura de las orejas, puesto que prefería los ajustados sombreros cloché. Le habían cortado casi quince pulgadas justo antes de Navidad. Ella se sintió ligera y entusiasmada, aunque a Lawrence no le hizo gracia; en más de una ocasión le había envuelto el cuello con una bufanda aunque estuviesen sentados junto al fuego o en la mesa de comedor, bromeando con que a ella le había entrado frío. Ella sonreía para complacerle, aunque la broma no le pareciese especialmente divertida; ni siquiera se lo pareció la primera vez que la hizo. Le sentaba bien el estilo moderno. Su brillante flequillo recto y negro enmarcaba sus ojos azules y le daba un toque de peligrosidad y dramatismo a su pálida piel. Cuando llevaba el pelo largo parecía una reina medieval, pasiva, protegida; ahora había en ella algo atrevido, algo totalmente moderno e igualmente hipnotizador. Sus pómulos altos, su piel cremosa y perlada y sus labios

gruesos, casi voluminosos era lo que más destacaba ahora que tenía el pelo corto. Ojalá su nariz fuese más delgada. Dormir durante cuatro años con una pinza pellizcándole la punta no había dado el resultado que su institutriz le había prometido que daría.

—Me han entretenido, señora. Estaba con la nueva cocinera.

—¿Cómo se está adaptando?

—Es competente.

Dickenson cerró un poco más los labios. Lydia lo entendió a la primera, pero prefirió no hacer ningún comentario. Llevar la casa le parecía una tarea fatigosa y ella siempre preferiría no malgastar su tiempo ni saliva en asuntos domésticos que sabía que en el fondo eran de su competencia. Su doncella, sin embargo, no podía imaginar un asunto más fascinante o digno de aprecio y, desconocedora de la indiferencia profundamente arraigada de su señora, se dedicaba con fervor a dicha tarea.

—No está en absoluto contenta con...

—La cantidad de trabajo —adivinó Lydia—. Nadie lo está.

—Yo contribuí. Ayudé con...

Dickenson se interrumpió y echó un vistazo a sus enrojecidos dedos, tan hinchados que parecían salchichas crudas. Lydia siguió su mirada, pero no tenía ni idea de que aquellas experimentadas manos que pronto recorrerían sus brillantes cabellos para fijar un peñecillo de estrás por encima de su oreja izquierda, solo un momento antes habían estado limpiando hortalizas. No podía imaginarse tal cosa porque conscientemente nunca había dedicado ni un solo pensamiento a cómo las hortalizas (o en lo que a la carne o al pan se refiere) se preparaban para embellecer su mesa. Lydia era consciente de que la casa funcionaba con un personal mínimo. Conocía los pro-

blemas, y también las soluciones, pero se necesitaba paciencia. Nadie podía decir jamás algo así (tan solo pensarlo era prácticamente un crimen, sin duda alguna una falta de respeto), pero el hecho era que todos estaban esperando a que su suegro, el anciano conde, muriese.

—Todos tenemos que aportar nuestro granito de arena. Las cosas no son lo que eran. No pueden serlo —comentó mientras pasaba los brazos a través de las tirantas de un sostén que Dickenson sostenía para ella.

Dickenson corrió alrededor de su señora y luego tocó la piel suave y tersa entre sus omóplatos para indicarle silenciosamente que tenía que inclinarse hacia delante para colocar los pechos dentro de la copa del sostén. Lydia accedió, después se enderezó y se quedó quieta mientras Dickenson seguía bailando a su alrededor, apresurándose para abrochar los pequeños corchetes y ajustar los tirantes de encaje para que quedasen lisos y cómodos. Lydia dejó que su doncella dejase caer una combinación de seda por encima de su cabeza, el tejido revoloteó alrededor de ella como alas de insecto, y esperó mientras Dickenson colocaba una servilleta sobre el taburete de terciopelo color ciruela que había delante del tocador. Lydia se sentó con cuidado. Deseaba que le permitiesen sentarse sobre el suave terciopelo, le gustaba sentir debajo de sí su tacto maleable, levemente crujiente, pero Dickenson decía que no era higiénico y que obligaba a realizar trabajos de limpieza innecesarios e insistía en la servilleta almidonada.

—Sí, todos tenemos que aportar nuestro granito de arena —repitió Lydia.

Si la doncella estuvo tentada de comentar que no parecía que Lydia hiciese nada en absoluto, mucho menos aportar su granito de arena, fue lo suficientemente lista y disciplinada para no hacerlo. Janice Dickenson había comenzado su carrera

profesional como ayudante de cocina en la casa de la familia de Lady Chatfield. En aquella época, Lydia llamaba a Janice Janice y Janice llamaba a Lydia señorita Lydia. A Lydia le sorprendería darse cuenta de que Janice solo tenía treinta y un años, tan solo tres años más que la propia Lydia. La doncella había entrado en la casa a la edad de doce años, cuando Lydia todavía no habitaba otro mundo más que los estrechos pasillos que conducían a una mal ventilada sala de clase; había imaginado que una chica con un trabajo y un salario, por modesto que fuese, debía crecer adecuadamente, quizás incluso envejecer, suposición que hacía tanto la madre de Janice como el personal y toda la familia de la mansión Hemingford.

Las dos niñas habían sido amigas, o al menos habían tenido una relación cordial, entonces. En más de una ocasión, la institutriz de Lydia la había sorprendido corriendo en la calle o la había espiado mientras paseaba por el pueblo sin sombrero, travesuras que tenían como resultado que dieran clase de decoro a Lydia y que la mandasen a la cama sin cenar. En aquellas desafortunadas noches, Janice se acercaba a hurtadillas al cuarto de los niños con fruta, pan y queso. Eran órdenes del ama de llaves, pues Janice nunca se habría arriesgado a coger comida de la despensa por voluntad propia, aunque Lydia nunca lo supo y consideraba a Janice como una aliada dentro de su austero e impenitentemente estricto hogar. Alguien en quien poder confiar si fuera necesario. Alguien que podría ser capaz de encubrir y de dar consuelo.

Lydia se había casado con el honorable Lawrence Chatfield hacía ocho años. Ella era una joven novia de la preguerra, repleta de optimismo y del primer amor, una reconocida belleza de la alta sociedad. Todos estaban tan orgullosos de ella, se alegraban tanto por ella, las regañinas por su comportamiento poco recatado y por ir sin sombrero habían quedado en el olvi-

do hacía tanto tiempo. Casarse con el tercer hijo de un conde era lo adecuado, lo apropiado para su rango y belleza. Lydia, naturalmente nerviosa ante la idea de mudarse tan lejos de su hogar, se acordó de Janice, quien le provocaba sentimientos de compasión y nostalgia. Rescató del olvido a la muchacha, que para entonces era segunda doncella, y le preguntó si le gustaría ser primera doncella. A Janice no la impulsaba una excesiva ambición, pero estaba harta de hundir las manos en agua helada cada mañana, de limpiar las chimeneas y las escaleras de la entrada, de lustrar los zapatos y botas de toda la familia y de fregar un número infinito de cazuelas manchadas de grasa de ganso y salsa de carne (esta tarea en particular era la que más le crispaba porque, para ser justos, ya no debería haber sido responsabilidad suya; habían contratado a una nueva ayudante de cocina para ese tipo de trabajo de baja categoría). Aceptó la oferta de ascenso de Lydia de inmediato.

Nadie había imaginado que el honorable Lawrence Chatfield ascendiese nunca para convertirse en el heredero forzoso ni que Lydia algún día pudiese llegar a ser condesa, pero en dos años de su matrimonio, los dos hermanos mayores de Lawrence habían fallecido. El hijo mediano, miembro de la Fuerza Expedicionaria Británica, murió en la batalla de Mons, apenas unas semanas después de que estallase la guerra. Hubo peticiones para que el hijo mayor se alistase de inmediato, presumiblemente con el fin de justificar y honrar la muerte de su hermano. Sin duda lo habría hecho, pero antes de que pudiese responder al dedo señalador de Kitchener, se cayó del caballo y se rompió el cuello cuando cazaba un zorro con algunos amigos y una jauría de perros de caza. Las consecuencias de tan terribles pérdidas fueron que Lawrence se convirtió en la única opción para el conde y que el nombre de Lydia apareció en muchísimas más listas de invitados.

Janice también se metamorfoseó; se convirtió en Dickenson y, como tal, visitaba las casas más refinadas de Gran Bretaña, vio al rey en dos ocasiones a través de una ventana y, ahora que se había restablecido la paz, había viajado con su señora a Cannes, en Francia, y al lago de Garda, en Italia. Aunque según el criterio de Janice, la casa de Lady Chatfield, Dartford Hall, allí en Hampshire, era realmente impresionante (y sin duda alguna había bastante trabajo que gestionar), ahora había visto lo suficiente para saber que por ahí las había mejores, mucho mejores. Casas con una confusión de escaleras e incontables habitaciones doradas, escudos de armas, torreones y chimeneas en abundancia, céspedes muy cuidados y hectáreas de terrenos de caza. Nadie había esperado tanto para Lady Chatfield, pero ahora había que reconocer que no solo era posible o probable, sino una certeza. Cuando el por entonces conde de Clarendale finalmente muriese, Lydia ascendería a nuevos niveles. Su casa, en Sussex occidental, estaba situada en una reserva de ciervos de seiscientos acres; tenía más habitaciones de las que Janice pudiese imaginar contar, y se garantizaba una completa plantilla de trabajadores. Ella no tendría necesidad de ayudar al personal de cocina ni que limpiar hortalizas. El viejo inepto no estaba bien de salud; había pasado por un grave ataque de bronquitis antes de Navidad, su tercer ataque en dieciocho meses. Muchos decían que solo estaba aguantando hasta conocer un nieto.

Dickenson se arrodilló delante de Lydia, cubriéndole cuidadosamente los pies con unas delicadas medias de seda y alisándolas a lo largo de sus piernas hasta la parte más alta de los muslos. Lydia se puso en pie, permitiendo que la doncella le ajustase el largo liguero de dril rosa alrededor de las caderas y que sujetase las medias a los tirantes. Entonces Janice, cuidadosamente, extendió en círculo sobre el suelo un par de bragas

de satén color melocotón y Lydia entró en él. Dickenson se inclinó para tirar de ellas hacia arriba, con la oreja a pocas pulgadas del montículo de vello púbico de Lydia. Nunca ninguna mujer consideraba excesiva la intimidad de este proceso. Janice se encargaba de vestir. A Lady Chatfield la vestían. Era lo que era, como siempre había sido.

—¿Qué llevaré puesto esta noche, Dickenson?

—Un hombre llegó de Francia hace solo media hora, señora.

—¡El vestido! —Lydia dio palmadas de emoción.

—Sí, señora. Lo están planchando en este mismo instante.

—¡Una entrega en Nochevieja! Cielos, ¿no son maravillosos los franceses?

Lydia se alegraba de no haber expresado en voz alta su opinión anterior sobre sus amigos del continente. No la hizo parecer inconsecuente; esa era una de las muchas razones por las que Lydia rara vez hablaba en voz alta.

—Qué tenaces —añadió.

Janice suspiró y admitió:

—Sin duda alguna, valoran el vestido, señora. Ya lo creo.